

*Este es un camino de ida y vuelta.
Ellas premiaron este cuento hace años.
Ahora yo quiero dedicárselo a ellas,
las Madres de la Plaza, que saben hacer música
con palabras para que todos las vean.*

Márgara



Márgara Averbach

JIRAFÁ AZUL, RINOCERONTE VERDE

Ilustrado por RoMa



LAS JIRAFAS SON AMARILLAS. BUENO, POR LO MENOS LA MAYORÍA. CONVERSAN CON SUS CUELLOS LARGOS POR ENCIMA DE LAS CABEZAS DE LAS GACELAS Y LAS CEBRAS. TODAS LAS NOCHES BAJAN AL RÍO Y TOMAN AGUA. VIGILAN DE TANTO EN TANTO A LOS LEONES Y LOS GUEPARDOS, Y SECRETEAN CON LOS ÑUS DE PELOS LARGOS Y OSCUROS.





PERO EN ESTA PARTE DE LA LLANURA
HABÍA UNA JIRAFAS QUE NO ERA AMARILLA.
UNA JIRAFAS AZUL. LAS OTRAS JIRAFAS NO LA
VEÍAN. CREÍAN QUE ERA UN PEDAZO DE CIELO
QUE HABÍA BAJADO UN POCO A METERSE ENTRE



Material de distribución gratuita

LAS MIMOSAS, A OLER LAS HOJAS TIERNAS Y
TOCAR LA PUNTA DE LAS ESPINAS FEROCES.
Y COMO LAS JIRAFAS NO LA VEÍAN, TAMPOCO
LA VEÍAN LAS CEBRAS NI LAS GACELAS NI LOS
ÑUS. LA JIRAFAZ AZUL SE SENTÍA MUY SOLA.



UN DÍA CAMINABA CONTÁNDOSE UN CUENTO
ENTRE LOS ÁRBOLES CUANDO SE LLEVÓ POR
DELANTE UNA PLANTA MUY RARA. LA PLANTA
PEGÓ UN SALTO DE UN METRO Y REFUNFUÑÓ:

—¡EY! NO ME PISES... —ERA UNA VOZ
GRUESA Y PROFUNDA Y LA JIRAFÁ SE EXTRAÑÓ
PORQUE LAS PLANTAS NO HABLAN CON LOS
ANIMALES.



SE AGACHÓ PARA VER UN POCO MEJOR
LO QUE HABÍA PISADO Y VIO QUE NO ERA UNA
PLANTA.

